

—¿Qué decreto?—preguntaron varios con curiosidad suma.

—Señores,—exclamó declamatoriamente,— felicitemos todos al señor Inquisidor general por la merecida distincion con que acaba de agradecerle Su Majestad.

—Nada más justo—dijo Ceballos, descifrando el enigma y haciendo una cortesía al digno prelado.—Su Majestad ha concedido á Su Ilustrísima la Gran Cruz de Carlos III.

—¿Y eso era?...—baldunció el pastor.—Pero ¿en qué están Vds. pensando?... ¡Darme á mí la gran cruz, á mí, que estoy muy lejos de merecerla, cuando hay tantos otros!...

—Fué idea mia, señores,—dijo Moyano con vanidad indescriptible.—Anoche lo propuse á Su Majestad, y al punto.. Hoy he extendido el decreto—añadió pasando la vista por un papel escrito,—y no le falta más que la firma... «En atencion á los méritos del muy reverendo, etc... y en *premio de su humildad apostólica*...

—*En premio de su humildad apostólica*—repitió Ceballos.—Me parece admirable. Señor obispo, felicito á Usía Ilustrísima.

—¡Todo sea por amor de Dios!—exclamó el obispo juntando las manos.

Todos nos inclinamos, y aquello fué un co-

ro de felicitaciones y plácemes. Al santo y humilde pastor casi se le saltaban las lágrimas de puro enternecimiento. Yo estaba también muy conmovido.

—En vez de ocuparse de dar cruces á los pobres viejos achacosos—dijo el Inquisidor, con ese tono de represión benévola y delicada que se emplea para condenar aparentemente las cosas que más nos agradan,—debiera Vd. ocuparse, Sr. Moyano, de expedir de una vez ese decreto en que Su Majestad nos concede el uso diario y constante de nuestra venera.

—Es verdad—repuso Ceballos,—pero ya hemos tratado en Consejo de ese asunto. No se puede hacer todo de una vez.

—Se ha despachado primero la creación de la *Cruz de Valencey*—dijo Eguía.

—La *Cruz de los Persas* nos ha dado también mucho que hacer—añadió Moyano.

—Y la *Cruz del Escorial*.

—Pero la de los señores inquisidores quedará despachada bien pronto, y podrán usar su distintivo diariamente, como los caballeros de Calatrava y Santiago, á fin de que sean conocidos del pueblo y respetados y considerados como merece ese alto instituto.

—La visita que Su Majestad nos hizo el otro día—dijo con dulzura el prelado,—dignándose

ver y fallar varias causas, sentado al lado nuestro y compartiendo nuestras fatigas, debia señalarse con una distincion solemne hecha al Supremo Consejo. Así entiendo yo la cruz que se me ha dado, señores: se ha querido honrar á toda la corporacion, honrando á este indigno soldado de la fé. Doy las gracias á los generosos ministros que se han acordado de este humilde siervo de Dios; y pues nobleza obliga, suplico á los señores ministros presentes que me acompañen hoy á la mesa.

—Yo acepto—dijo D. Pedro Ceballos, con cortesana desenvoltura.—Desde el banquete que Su Ilustrísima dió al Rey el dia de la célebre visita, corre por estos barrios la noticia de que el cocinero del Inquisidor general es uno de los mejores de Madrid.

—Un pasar decoroso y nada mas—repuso el prelado.—Con que señores, ¿no hay otro de ustedes que quiera hacer penitencia?

—Haréla yo tambien, señor obispo,—dijo don Francisco Eguía, estrechando fervorosamente la mano que el reverendo le alargaba.

—Por mi parte, no desairaré á Su Ilustrísima—manifestó Moyano, lleno de piedad cristiana.—El despacho con Su Majestad será breve.

—Señor duque—dijo Su Ilustrísima, despi-

diéndose.—Sr. Collado, Sr. Pipaon, mil bendiciones para todos y mil millones de gracias por sus bondades.

Salieron.

—¡Id con Dios!... ¡Fuera, fuera, *vil chusma!*—dijo el duque, moviendo los brazos como cuando se espanta una turba de insectos importunos.—Ésta si que es *vil chusma*.

—Los pobrecitos se contentan con lo que les dan—indicó Chamorro, sonriendo.—La verdad es que no son muy molestos.

—Ya Ceballos da por muerto á su compañero y amigo Villamil—dije yo.—Ese fátuo insoportable me ha pedido noticias, y dice que esta noche piensa echar á Su Majestad un discursito acerca de la *vil chusma*.

—Ya veremos—afirmó Alagon, haciendo ademán de pegar.

—Despues lo veremos—repitió el ex-aguador.

—Y que tal, Sr. Collado,—preguntó Paquito,—¿ha podido Vd. conseguir algo esta mañana?

—Así, así—repuso el lacayo, rascándose la sien.—Todavía no se acaba de convencer.

—Se le ha puesto entre ceja y ceja que Villamil es un hombre necesario, y apéele Vd. de esa burra—dijo el duque.

—Creo que esta noche le convenceremos—

indicó el aguador.—Ya esta tarde, cuando le vestimos, parecía más inclinado...

—¿Ha habido piano esta tarde?—preguntó con afán el capitán de la guardia.

—Un poquitin de *forte piano*—replicó maliciosamente el lacayo.

—¿Y esta mañana?

—Rasca y más rasca... No se le podía meter el diente. Artieda, por importuno, se llevó una rociada de vocablos, que si fuera de palos no le quedara un hueso en su lugar.

Esto necesita una explicación. Los favoritos habían observado que cuando Su Majestad, al sentarse junto á la mesa de su despacho, movía volublemente los dedos sobre ella, como quien toca el piano, modulando al par entre dientes un sordo musiquero, estaba en excelente disposición para conceder lo que se le pedía. Por el contrario, cuando se rascaba la oreja ó se pasaba la palma de la mano por la frente, era casi seguro que negaría la petición. Ajustaban todos hábilmente su conducta á estos externos signos del humor del príncipe, y por tal ley se regían los sucesos. Un gran movimiento en palacio, un excesivo flujo y reflujo de intrigas, una febril actividad en los excelsos camarilleros, indicaban que era día de piano.

—Esta tarde vamos á paseo—dijo el duque,

—y daré otro ataque.—¿Qué órdenes hay para esta noche?

—Come solo.

—Mejor. Ya me ha dicho que no irá al teatro en toda la semana. Habrá tertulia,—murmuró el duque reflexionando.—No falte usted á la tertulia, Pipaon.

—Ni tampoco el Sr. Ugarte,—dijo Chamorro levantándose.

—No faltará—aseguré yo.

—Voy adentro ántes que me llame—añadió el aguador.—Hasta la noche, señores.

—Hasta la noche.

Luego que nos quedamos solos, el duque me dijo:

—Que no deje de venir esta noche D. Antonio. Es hombre á quien cada vez estima más Su Majestad. Personas de tales prendas debieran poseer por entero la confianza de los Reyes; no ese estúpido Chamorro...

—¡Ah! Vd. piensa como yo...—dije adaptándome rapidísimamente, segun mi costumbre, á las ideas de mi interlocutor.

—¿Qué?

—Que ese Chamorro es una bestia.

—Un dromedario, en cuya joroba no vendrian mal todos los palos que él daba á su pollino cuando traia agua de la fuente del Berro.

—Quien sabe... puede que el palo esté ya cortado de la rama y alguien le esté afilando los nudos...

El duque se echó á reir, marchando ya hácia la puerta, para ir á la Cámara régia.

—Si de mí dependiera... Cuidado, amiguito Pipaon—añadió cautelosamente—con dejar entrever á ese avestruz el asuntillo de que hablamos ayer en la Trinidad.

—¡Oh, el asuntillo! ¡Y qué asuntillo, señor duque!—exclamé restregándome ambas palmas de las manos una contra otra, y alzando los hombros.

El duque se puso el índice en la boca, y cordialmente se separó de mí. Poco despues estaba yo en casa de D. Antonio Ugarte, contándole todo lo que habia visto y oido.

XIX

A las nueve de la noche pisaba yo la Cámara real, aquella deslumbradora cuadra, colgada y ornada de amarillo, en cuyas paredes los más hermosos productos del arte (todavía no se habia formado el Museo del Prado) recibian diariamente, como gentil holocausto,

el humo de los mejores cigarros del mundo. Diversos bustos de príncipes de ambos sexos puestos sobre las mesas, alegraban la estancia con sus caras satisfechas. Las miradas de sus ojos de mármol parece que confluían al centro, y se contemplaban unos á otros, á veces risueños, ceñudos á veces, segun estaba festiva ó lúgubre la tertulia. Casi en el centro de uno de los testers, media docena de hombres desvergonzados, súcios, casi desnudos unos y haraposos otros, con semblante estúpido y ademanes incultos todos, se reían de la tertulia constantemente, embrutecidos por el vino. Eran *Los Borrachos* de Velazquez. A veces aquellos hombres puestos en alto, entre los cuales el del centro escrutaba con su mirar insolente toda la sala, parecían una especie de tribunal de locos. En un rincón, junto al hueco de la ventana, refugiado en la sombra y casi invisible estaba un hombre lívido, exangüe, cuya mirada oblícua lo abarcaba todo desde el ángulo oscuro. Vestía de negro y en una de sus manos llevaba un rosario. Era *Felipe II*, pintado por Pantoja. Ante aquel retrato se detuvo en pié Napoleón, contemplándolo con atención profunda un día de Diciembre de 1808.

Cuando yo entré en la Cámara Real, Su Majestad estaba sentado en un sillón á poca

distancia de la chimenea encendida; tenía la cabeza echada hácia atrás, de modo que miraba al techo, dirigiendo hácia él el humo de su cigarro. A espaldas de su señor estaba Pedro Collado, y no lejos Artieda, que era menudillo y algo compungido, de semblante un poco aclairigado, ya viejo, tardo en hablar y moverse, pero de ojos muy observadores. El duque habia entrado conmigo. Saludamos al Rey, distinguiéndome yo por mis exagerada, muestras de veneracion y amor, á estilo Lozano de Torres (aún no es ocasion de hablar de este personaje). Fernando me recibió con aquella placentera bondad que le reconocen amigos y enemigos, y luego en el tono más campechano del mundo nos dijo:

—Duque, siéntate... Siéntate, Pipaon.

Volviendo la cabeza á un lado y otro, añadió:

—Collado y Artieda, sentaos.

Los dos venerables criados, el prócer ilustre y yo, humilde hijo de labradores, nos sentamos frente al poderoso en los divanes que habia á un lado y otro de la chimenea.

Puso Fernando una pierna sobre la otra (¡cuán presentes tengo estos detalles!) y retorciendo el cigarro en la boca, dejó caer de sus augustos lábios estas palabras:

—¿Qué se dice por ahí?

—Esta tarde—replicó Collado—han ido á comer con el Inquisidor general, D. Pedro Ceballos, Eguía y el Sr. Majaderano.

—¿Quién es Majaderano?—preguntó con indiferencia Fernando.

—El ministro de Gracia y Justicia—repuso Alagon.—Así le llamaba *Gallardo* en su graciosa *Abeja*.

No nos reímos, porque el monarca permaneció impassible. Al fin, sonriendo, dijo:

—¡Ceballos sentado á la mesa con el Inquisidor!

La señal estaba dada. Todos soltamos la risa.

—¿Si querrá D. Pedro participar al prelado cómo va la secta masónica de que es jefe?—dijo el duque.

—Yo habia oido que era mason—afirmé con malicia,—pero hasta ahora no sabia que era el Papa de los Hermanos.

—Tan cierto como es noche—dijo Alagon, observando el semblante de Su Majestad, que impassible hasta entonces demostraba poco interés en la conversacion.

—Lo que más asombrará al mundo—indicó Collado—es saber que los masones tienen su lógia en la casa misma de la Inquisicion.

—Hombre, tanto como eso...—murmuró el Rey con indolencia.

Todos fijamos en él la vista.

—Quizás se trate hoy de eso en la comida del Inquisidor—añadió Paquito.

—Artieda—ordenó Fernando bruscamente.
—Trae cigarros.

El lacayo dió al Rey lo que éste pedía, y habiéndonos ofrecido á todos los presentes, fumamos. El humo de los cuatro cortesanos juntábase con el del Rey en los oscuros ámbitos del techo, donde hacían cabriolas media docena de dioses y ninfas pintadas por Bayeu.

—¿Qué habláis ahí de franc-masonería?—preguntó Fernando despues de una larga pausa en que no se oía más ruido que el del enorme reló cuya ancha esfera y pagana figura de bronce ornaban la chimenea.

—El señor ministro de Estado de Vuestra Majestad lo podrá decir—repuso Collado.

—¿Qué hablas ahí, estúpido?—dijo Fernando, sacudiendo un poco su somnolencia.

—Señor, repuso el criado, apoyando los codos en las rodillas y observando el cigarro mientras lo volteaba entre los dedos, liando y desliando la ensalivada capa.—Los tontos y estúpidos son los que dicen las verdades. Vaya por las que he dicho á V. M. en ocho años.

—¿Hablabas de Ceballos?

—Sí señor.

—Decias que era franc-mason. ¿Acaso hay ahora franc-masones?—preguntó el hijo de Carlos IV con viveza.

—Los hay, los hay,—exclamó Collado.—Esta mañana hablábamos el Sr. Pipaon y yo de la táifa de masones que va saliendo por todos lados, como mosquitos en verano y... que diga el Sr. Pipaon lo que sabe.

—Pipaon—dijo el Rey con evidente deseo de variar la conversacion y sonriendo picarescamente,—no entiende más que de cortejar muchachas bonitas.

Hice una reverencia á la bondadosa Majestad, única contestacion que me era permitido dar á broma tan impropia de la gravedad de mi carácter.

—Sí—añadió el señor de dos mundos, juntando la nariz con la barba,—con esa cara de Páscoa florida y esa hinchazon de consejero de Castilla,—es el mayor amparador de doncellas que hay en Madrid. Se mete en las casas más honestas, saca los tiernos pimpollos, los conduce socolor de música y fiestas á los barrios bajos, los lleva tambien á las procesiones, á las fiestas de los conventos...

—Señor, señor...

Yo no podía decir otra cosa, humillando mi frente de vasallo, ante la sonrisa de quien me honraba dejando caer sobre mí las relucientes áscuas de sus burlas reales.—De repente aquellos cortesanos tan diestros, tan hábiles en el conocimiento de las conveniencias de la cámara, así como de la caprichosa voluntad de su señor en la marcha de los diálogos que allí se sostenían, dejáronme solo en presencia de Su Majestad. El duque llevó á los dos criados á otro lado de la estancia.

Hubo una pausa. Fernando contemplaba el techo, y al fin, como quien sale de honda distracción, miróme fijamente y preguntó:

—¿Qué decías?

—Señor, Collado ha apelado á mi testimonio en apoyo de sus opiniones sobre la franc-masonería, y yo debo decir...

—Que todos son masones, y yo el jefe de ellos... ¿Te ries? Pues no falta quien lo asegure así.

—¡Oh! señor, ántes que pronunciar tal desacato, mis lábios callarían para siempre.

—La verdad es que hay un Oriente en Granada, del cual es presidente el conde del Montijo...—continuó el Rey.

—Justamente, señor y...

—Y en el cual parece andan también mu-

chos hombres graves que no debieran ponerse en ridículo... pues tengo para mí que eso de la masonería es una farsa grotesca, que no conduce á nada bueno ni á nada malo. Muchos son masones para ocultar sus amores nocturnos,—añadió con viveza;—por ejemplo tú... Dime, ¿á qué lógia ibas anoche con aquellas dos damas?

—Señor... repetí confundido.

Indudablemente me puse como una cereza. El dijo con mucha gracia:

—La desmayada se me presentó otra vez al día siguiente en la Trinidad. Cojeaba un poco y estuvo á punto de caer segunda vez. Muchos tropiezos son en tan poco tiempo.

—¡Oh! sí, muchos tropiezos. Vuestra Majestad sabe ya quien es la madre, la hija, el hermano, etc... En cuanto á la niña, no hay otra en Madrid ni más linda ni más graciosa.

—En verdad—indicó el Rey, dando á aquel asunto un interés inmenso,—sus facciones no son perfectas; pero la expresion de su cara es encantadora y el conjunto de sus facciones...

—¡Oh, seductor! ¿Pues y aquellos torneados brazos y aquel cuello de alabastro?...

—¡Y qué pié tan bonito! ¿No es verdad?—dijo Fernando con sencillez suma, no ménos engolfado que un mozalvete en la contempla-

cion imaginaria de la beldad soñada.—Paco no ha podido decirme los motivos de aquel brusco encuentro; ¿á dónde ibais? ¿de dónde veniais?

Comprendiendo que marchaba por buen camino, expuse á mi interlocutor los verídicos hechos de mi nocturno paseo, sin omitir nada, ni alterarlos, ni olvidar antecedente ni móvil alguno, y en el momento en que pronuncié el nombre de Gasparito Grijalva, sorprendióse mucho y alzando la voz, me dijo:

—Hoy ha estado aquí su padre á pedirme que ponga en libertad á ese niño. Es una buena obra... lo he concedido al momento. ¿No crees tú que es una buena accion? La pobre muchacha merece esta recompensa por su puro y noble amor.

Yo callé.

—¿No crees tú que es una buena obra ponerle en libertad?... ¿No crees que mañana mismo...

Seguí callando y moví la cabeza en ademan dubitativo.

—¡Cuán dulce prerogativa es la del perdon en los reyes!—exclamé.—Dios se la ha concedido para que sean superiores á las mismas leyes, que no tienen más que la de la justicia.

Fernando pareció fastidiado de mi pedantería, y bruscamente me dijo:

—¿Qué crees tú? Dilo con franqueza.

—Mi opinion, señor—repuse con humildad, no debe ser de ningun peso en las resoluciones de Vuestra Majestad, pero si me viera precisado á darla...

—Ya la espero—afirmó con impaciencia aquel hombre prudentísimo que no queria nunca proceder de ligero en sus resoluciones.

—¿No hay tiempo de poner en libertad á ese loco?—dije con la mayor osadía.—¿Por fuerza ha de ser mañana, señor?

—Verdaderamente es así. Pero yo prometí á ese anciano la libertad de su hijo...

—¿Qué dulce prerogativa es la del perdon! —repetí compungidamente.—¿Y qué placer tan grande debe de experimentar el corazon de un monarca al conceder mercedes á sus súbditos sin omitir á los más grandes criminales! Las alegrías que con una sola palabra produce, ¡cuán benditas son! ¡Cuántas lágrimas se enjugan! ¡Cuántos corazones palpitan gozosos! El de Presentacióncita, en este caso, saltará dentro del blanco seno, más por ver logrado su empeño que por amor al mancebo.

—Pues qué, ¿no está enamorada de ese calaveron?...—preguntó con mucha viveza, hondamente interesado en todo aquello que pudiera contribuir al bien de sus súbditos.

—No lo creo... Le tiene afecto, un afecto caprichoso y nada más. Es muchacha de mucha ambicion... Ha de saber Vuestra Majestad que tiene aspiraciones locas, insensatas...

—Aspiraciones locas,—repitió.—¡Vaya con la niña!

—Si Vuestra Majestad la tratase, si pudiera apreciar por sí mismo los vuelos de aquella imaginacion ardiente...

—La cojita no puede ser más mona—dijo, dando á sus ojos expresion semejante á la que en los suyos tenia alguno de los individuos del lienzo de Velazquez.—¡Y qué cuerpo tan bien formado!... Es una preciosidad... una joyita de carne y hueso.

Hablóme en este tono largo rato, demostrándome su mucha aficion á las artes, y principalmente á la escultura, de la que era especial devoto.

—¡Y pensar que tales tesoros van á ser para ese tronera de Gasparito Grijalva!—exclamé yo.—Vamos, ¡quién le habia de decir á ese calumniador de Vuestra Majestad, á ese charlatan irreverente y desvergonzado que mañana mismo va á recibir de Vuestra Majestad generosísima el perdon de sus culpas, y que con el perdon va á entrar en el pleno goce de sus derechos amatorios!...

—¡Es su novio, su pretendiente!... ¡Cómo se divierten esos chicos... que no son reyes!

—Y no la deja á sol ni á sombra. ¡Qué pesado es! Como la condesa le permite entrar en la casa, allí está á todas horas el barbilindo cosido á las faldas de su Filis. No puede la niña pestañear sin que el moscon se entere...

—¡Hombre!—exclamó el Rey, dándose una palmada en la rodilla,—me carga ese niño.

—¡Y qué lengua!... ¡Qué lengua! Es capaz de revolver á todo Madrid.

—En verdad, Pipaon, que si no fuese porque prometí á Grijalva ponerle en libertad...

—¡Pero por fuerza ha de ser mañana?—me atreví á decir.—¡Ah! Vuestra Majestad no sabe ser generoso á medias, y por hacer bien, no repara en que favorece á sus enemigos.

—No estaria demás que ese D. Gasparito, ó D. Moscon, durmiese unas noches más en la cárcel, ¿qué te parece, Pipaon?

—Admirable: unos dias más de cárcel, y despues se le pone en la calle... ¡Generosidad y prevision! ¡Ejemplares virtudes que no deben separarse jamás!

—Dices bien; pero yo...—objetó Su Majestad sacudiendo el cigarro y pidiéndome fuego para encenderlo,—pero yo quisiera servir á ese pobre y leal D. Alonso... Cuando yo estaba en

Francia, me prestó varias cantidades sin interés ninguno.

—Si Vuestra Majestad aprecia en algo mi parecer me tomaré la libertad de decirle que Grijalva tiene asuntos de más interés que el de su hijo, y en los cuales puede recibir inmensos favores de su Soberano.

—¿Cuáles? dímelo pronto.

—El de la moratoria que solicitan las señoras de Porreño... Conceder esa merced y dar golpe terrible á Grijalva es todo uno.

—¿Grijalva es el acreedor?—preguntó con anhelo.

—El mismo. Suponga Vuestra Majestad qué gracia le hará esperar diez ó doce años para poder embargar los bienes de esas señoras...

—Porreño secomió su fortuna y la ajena, dióse buena vida, y ahora sus herederos no quieren pagar... ¡Qué excelente sistema! Veo que esas señoras tienen talento, Pipaon,—dijo Su Majestad con expresion festiva.

—¡Excelente sistema!—repetí yo.

—¡Y sobre todo muy español!—añadió el Rey de las Españas, con un aplomo humorístico que á pesar mio me hizo reir.—Gastar lo propio y lo ajeno, vivir á lo príncipe, y despues encastillarse en la grandeza y dignidad de los títulos nobiliarios para rechazar el pago de las

deudas como una ignominia... ¡Oh, qué delicioso país y qué incomparable gente!

—Sin embargo, se dice que Grijalva no cobrará...

—Que sí cobrará... pues no faltaba otra cosa,—exclamó Fernando con firmeza.—Se me presenta la ocasión más bonita que pudiera apetecer para contentar al buen D. Alonso sin ponerle en libertad al niño.

—Con lo cual se le hacen dos favores.

—¡Collado! —gritó el rey volviendo el rostro.

Acudió el cortesano, y Su Majestad sin mirarle, le dijo:

—¿Apuntaste para mañana el *sobreséase* del hijo de Grijalva?

—Si señor, aquí está—repuso Chamorro sacando un papel.—Esta noche pienso que pase al Sr. Echavarri.

—No, no hay nada de lo dicho... ¡Artieda! El ayuda de cámara se acercó.

—¿No fuiste tú quien tomó nota de la moratoria?...

—Para pasarla al Consejo Real... Ya le he dicho al señor obispo de Menorca y al señor Escoiquiz, que estaba concedida.

—Estúpido ¿quién te mandó prometer?...

—El señor Inquisidor general—dijo Collado

—me la recomendó también con un interés...

—Perdone Vuestra Majestad—repuso Artieda humildemente.—Sin duda yo entendí mal, cuando Vuestra Majestad se dignó acceder á la petición que le hicieron el reverendísimo señor obispo de Menorca, el reverendísimo señor obispo de Astorga, y el reverendísimo Inquisidor general.

—¡Vete al diablo tú y tus reverendísimos!... —exclamó Fernando, con el rostro encendido por la ira, lo cual le acontecía á la menor incomodidad.

—Entonces...—balbució el ayuda de cámara.

—Entonces...—repitió el Rey, remedando, no sin gracejo, el aire contrito y el sonsonete quejumbro de Artieda—entonces... quiero decir que no concedo la moratoria... ¿Lo entiendes? ¿Todavía quieren más los reverendos? Ya no les queda nada que pedir para sí, y piden moratorias para sus tramposos amigos, tenencias de resguardo para los cortejos de sus sobrinas y beneficios simples para los niños de teta de sus señoras amas...

—El señor obispo de Almería—dijo Collado con timidez—me dijo que tenía tanto, tantísimo interés en que esas señoras... Y Su Ilustrísima...

—Basta de Ilustrísimas y de sobrinos de Ilustrísimas—dijo Fernando con hastío.—Collado, quedamos en que no hay *sobreséase* para el hijo de Grijalva. Artieda, quedamos en que no hay moratoria para las señoras de Porreño... Ambas cosas negadas.

Hubo una pausa. Los criados se retiraron taciturnos. Observé que desde el rincón de Felipe II, cuatro ojos me miraban con enojo.

Un instante después entró en la tertulia mi maestro y señor D. Antonio Ugarte.

XX

Entró risueño, rebosando alegría, repartiendo sonrisas, cautivando con su amabilidad de tal suerte, que la tertulia sólo con su presencia adquirió la animación de que ántes carecía. Recibióle Fernando con mucho gozo, y después que cambiaron varias palabras, mitad en broma, mitad en veras, dióle el Rey las quejas por su ausencia, á lo cual contestó Ugarte:

—Pues qué, ¿este tunante de Pipaon no dijo á Vuestra Majestad que salí de Madrid á desempeñar un encargo del señor ministro de